

Redactor y Editor,
FEDERICO G. SALAZAR

El Pabellón Liberal

TEATRO NACIONAL

Por fin se inauguró el célebre Teatro Nacional.

Hubo concurrencia selecta.

La Compañía trabajó y trabajará, á la altura de los \$ 50,000 de ganancia.

Las localidades parece que fueron expandidas convenientemente.

Apenas hubo cuatro personas que pagaran diez, quince y hasta treinta pesos por una butaca.

La gran mayoría de todas las clases sociales se muestra satisfecha de que no hubo agiotaje.

Nadie piensa en que la usura sea patrimonio de unos pocos favorecidos.

La Empresa siempre quedará bien; excepción hecha del buen discernimiento del Jefe de la República, de su ilustrado Gabinete y de no pocas personas independientes en materia de teatros, que bien pudieran pensar de distinto modo.

Los procedimientos empleados para el expendio de localidades, no acusan nada de particular.

Los que sean bobos, que vean en ellos extrañas maquinaciones; los maliciosos que digan que la Empresa ha tenido en ello participio (activo y pasivo), que esperen otros tiempos y otras costumbres, y los que tienen talento y disposición para hacer uso de las buenas nuevas, que saquen todo el provecho que sea posible.—La culpa será siempre de los que se dejan embaucar.

Nuestro Teatro Nacional no puede estar en mejores manos: una Compañía Francesa como la actual, vale un Potosí.—Hasta en la galería hubo gente alta

Aunque los bancos no giren, bien se ve que el país está en magníficas condiciones económicas.

Los que no asisten al Teatro, no es por falta de voluntad.....

La representación del Fausto, estuvo *fausta*—políticamente hablando—pues las naciones extranjeras y muchos de nosotros mismos, estamos satisfechos.

Mañana ú otro día, nadie nos podrá echar en cara el que no haya en nuestra sociedad muchos que *parlent le français*.—Ni mucho menos que tenemos un tenor *comme il faut* y lo demás.....
merci, messieurs.....

Por mucho que digan, nuestro Teatro es una joya, y en cuanto á la Compañía..... no ha venido otra más grande al país.

Sin embargo, no hay que aventurar muchos juicios.

LOS ANTEOJOS DEL INGLÉS

Aquella noche llegué al Teatro.... un poco tarde.

Cantaban el *Fausto*; esa ópera tan bella, á la cual, como dice mi patrona, llevan los padres de familia sus hijas y sus esposas sin el menor escrúpulo, fundándose, ó no fundándose, en que, si la moraleja es un tanto *oblicua*, como está escrita en italiano y puesta en música, les entrará por un oído y les saldrá por el otro. Entré en la sala cuando Mefistófeles y Margarita estaban en el templo, lo cual me sorprendió siempre, no por Margarita que ya sabemos que era una chica muy devota, sino por Mefistófeles, que no puede soportar en el acto anterior la vista de las cruces de las espadas, y luego se pasea tan tranquilo por la iglesia, donde es probable que haya alguna cruz de mayor calibre.

Avancé penosamente entre apiñada fila de abonados y abonadas para cualquier cosa, sobre todo para divertirse; y que estaban ya sentados en sus butaquitas, y aunque con mucho trabajo encontré la mía, y me dejé caer sobre ella lánguidamente.

En aquel momento sentí un dolor

vivísimo, que me hizo volver la cabeza de pronto y levantar al mismo tiempo todo mi individuo, para evitar la repetición de la catástrofe.

Entonces mis ojos se fijaron en un objeto algo voluminoso, que se hallaba ocupando una pequeña parte de la butaca donde acababa de sentarme, y, que por lo tanto, sin que él lo pudiese remediar, me había producido el dolor mencionado... Aquel objeto era un par de anteojos de teatro. Pensé inmediatamente si pertenecería á alguno de mis vecinos anteriores, posteriores ó laterales, y se lo pregunté respetuosamente, para que no creyeran aquellos señores ó señoras que mi corazón era tan duro y empedernido que no se dolía de haber molestado con el peso de su cuerpo correspondiente á unos inofensivos anteojos, con quienes no tenía la menor ni la mayor clase de resentimiento.

Pero todos me respondieron negativamente.

En vista de ello, y para cerciorarme de si había menoscabado y deshecho alguna entraña, más ó menos importante, de los susodichos anteojos, me puse á mirar por ellos el escenario.

¡Y, figúrese V. mi asombro! No sólo ví perfectamente la decoración y las personas que se hallaban ante ella, ó mejor dicho dentro de ella, sino que por maravilla é industria verdaderamente diabólica del artífice que había labrado aquella máquina, ví clara y distintamente á los tramoyistas y comparsas, que se paseaban detrás del telón de foro, y lo que es más increíble todavía, ví, estremecido, que mi mirada penetraba á través de la epidermis y los huesos de las personas á quienes dirigía el objetivo de aquellos maravillosos anteojos. Y, lo confieso francamente, sentí frío en mis venas; bañó mi frente sudor de calentura, y lancé, sin poder remediarlo, un ¡hay! de terror, que llamó la atención de mis vecinos de butaca.

En aquel instante el telón descendía lentamente.

Entonces, y arrastrado por inven-

cible curiosidad, empecé á dirigir á diestro y á siniestro los famosos anteojos, que la casualidad ó el demonio habían puesto en mis manos.

Los primeros que merecieron el honor de ser escudriñados, digámoslo así, fueron un caballero y una señora que estaban sentados delante de mi butaca; porque me presentaban sus respectivos occipucios tan cerca y descaradamente, que no pude resistir á la tentación de concederles la preferencia.

Yo los conocía de vista y de nombre. Eran marido y mujer; ella tenía fama de virtuosa; él era diputado, y gozaba reputación de hombre de talento, y hasta de orador eminente.

Veamos si es cierto, dije y en efecto, él, que había estado varias veces en candidatura para ser ministro, tenía la cabeza completamente llena de sebrín y pipas de melón.—Ella, que era hermana de varias cofradías, y presidenta de dos ó tres sociedades benéficas, tenía en el cerebro un robusto lacayo negro, que la contemplaba dulcemente.

Después miré á mi novia, que estaba en una platea, guiñándome los ojos con mucha gracia.

—Veamos en qué piensa la pobrecita—dije—y apunté los gemelos hacia aquella linda cabeza, que parecía la de un ángel, y en cuyo interior suponía yo, porque ella me lo había dicho mil veces, que estaría mi nombre escrito por todas partes y con toda clase de letras.

Y en efecto, también allí estaba mi nombre; pero al lado izquierdo, y con caracteres bien claros, estaba gravada la cifra representativa de la cantidad que tengo de renta.

—Ahora, vamos al corazón,—exclamé lleno de sobresalto.—Dirigí los cristales hacia el lado izquierdo del pecho de mi amada, y ví admirablemente su corazón, como si le tuviera en la mano. Era un corazón hermoso, de muy buena clase. al parecer, y q' podría pesar un par de libras perfectamente, porque estaba muy desarrollado. Pero ¡oh sorpresa! en él me encontré arreña-

nada sibiríticamente como en un diván la imagen de cuerpo entero de un primo de la señorita con quien yo pensaba casarme. Y lo que es más grave, el referido primo tenía en la cabeza un gorro griego, y en los pies unas zapatillas bordadas, igualitas, igualitas á las que ella me había regalado el día de mi santo.

Después miré á un concejal, que ocupaba un palco segundo, con su señora.

El marido tenía la cabeza completamente atestada de cocineras, niñeras y doncellas, primeras y segundas, de las que ahora se usan en las casas de las personas pudientes.

Su respetable esposa tenía *in mente* nada menos que al director de orquesta, al bajo, á cuatro coristas y á dos alguaciles del Ayuntamiento, á caballo y todo, como en las corridas reales.

Luego empecé á mirar los estómagos de algunas familias que presumen de ricas, y los de algunos pollos elegantes. Y ¡ay, Dios mío! ¡Cuánta patata, cuánta berza y cuánto garbanzo!

Más tarde se encontraron mis anteojos con la cabeza de un académico. La miré y la remiré por dentro, detenida y hasta indiscretamente.

Allí no había nada: tuve que variar la puntería.

Tropezaron entonces mis miradas con un caballero, vestido de negro, completamente afeitado, calvo, y con todo el aspecto de pertenecer á la iglesia. Estaba en una delantera de palco; miré su frente, y vi enseguida el interior de su cabeza. ¡La tenía rellena de pantorrillas de bailarinas! Invesigué el cráneo de un republicano, y me encontré con una gran cruz; en el de un neo había tres amas de cría y una chula; en el de un liberal, una guillotina; en el de un Ministro, la cartera de un compañero; en el de una niña de quince años, un profesor de música arrodillado; en el de una vieja, cuatro sacristanes bailando el bolero; en el de mi mejor amigo, mi novia;

en el de mi futura suegra, estaba yo asándome lentamente sobre unas parrillas.

Estuve por subir al paraíso; para mirar también un ratito á aquellas chicas tan guapas que lo rellenan; pero en aquel momento empezaba el último acto, y me volví á la butaca.

Un caballero alto, rubio flaco, é irreprochablemente vestido de etiqueta, se me acercó y me dijo con acento marcadamente extranjero:

—“Caballero: osté dispensarme mí, si yo preguntar osté por unos güemelos que mí dejar olvidados en butaco esto, mientras mí subir palca plateo.”

Comprendí que aquel era el dueño de los maravillosos anteojos, y se los presenté temblando y ofreciéndole mis excusas.

Entonces él me dió los gracias, sonriéndose de un modo particular, que me recordó á Mefistófeles; en seguida tomó los gemelos y desapareció.

Al verlo salir por la puerta que conduce al vestíbulo, me sentí irresistiblemente impulsado á seguirle y hacerle mil preguntas acerca de aquellos extraordinarios anteojos.

Salí como una flecha, le busqué por todo el teatro, pero ya no le ví, ni he vuelto á verle en mi vida.

Lo que no olvidaré nunca será aquella sonrisa verdaderamente diabólica con que me saludó, ni cierto olorillo ligeramente azufrado, que me pareció se desprendía de su elegante persona.

¿Sería el mismísimo demonio?... ¿Habría venido á oír cómo le hacía cantar el inmortal Gounod?.....

Ahora, cuando pienso en ello, no puedo convencerme si fué realidad ó fué sueño lo que acabo de relatar: tan clara y distintamente lo ví.

Verdad es que hay sueños que parecen verdades.

Lo que siento es no haberme mirado en un espejo con los anteojos del inglés, á ver lo que yo tenía aquella noche dentro de mi cabeza.

C. GIL.

EL PARQUE

PROPIETARIO

ELOY GONZALEZ

En el establecimiento, esquina N. E. del Parque Central, encontrarán completo surtido de

ABARROTES, JUGUETES, HERRAMIENTAS "COLLINS"

LOZA DE HIERRO ESMALTADO
Y DE PORCELANA, CRISTALERIA

En su acreditada cantina se encuentra desde los licores del país hasta los más finos que se producen en ambos mundos.

Vinos de superior calidad.—Especialidad
Bino para consagrar y el acreditado Frousac, que puede

competir con el Medoc por su calidad, al ÍNFIMO PRECIO

7-00 la caja !

San José, 22 de abril de 1897.

ALBERTO ESQUIVEL

RICARDO ESQUIVEL

Esquivel Hermanos

LA GRAN VIA

IMPORTADORES DE GÉNEROS, VINOS Y LICORES,
FERRETERÍA, MEDICINAS, LOZA, CRISTALERÍA
PERFUMERÍA Etc. Etc.

Gran establecimiento comercial de primer orden, situado en uno de los puntos principales de San José, donde encontrará el público en general y nuestros clientes en particular, artículos no solo legítimos y sanos y a precios escandalosamente baratos, sino también actividad y buenas maneras de parte del personal de la casa para cualquier pedido que se haga. La originalidad de este establecimiento consiste en el famoso cognac Mun-ber & Fils, tanto por su exquisito gusto como por ser importado directamente de la ciudad de Cognac para esta casa.

LA GRAN VIA es como el Arca de Noé, de todo hay y al alcance de todos. Para convencerse de esta verdad no se necesita más que hacer una ligera visita al referido establecimiento.

San José, febrero 22 de 1897.

ESQUIVEL HERMANOS.

Gran PANADERIA Central

SE LLAMA la atención del público que esta acreditada casa después de tener un pan excelente y harina afamadas marcas conocidas, cuenta hoy con un grandísimo surtido de vino de mesa, de pura uva de los mejores del MUNDO

MUNDO

Los precios no tienen competencia

100,000 !!

Pueden economizarse, enviando los flujos para que sean arreglados a la conocida

Sastrería de Félix Guevara

por el ínfimo precio de

III \$22.50 CADA UNO

6^a Avenida Este, n.º 44. Casa de don Recaredo Bonille

San José, 13 de enero de 1897.

TIP LIBERAL